



OTRA POÉTICA Y OTRA RETÓRICA

El autor presenta las principales claves de la pedagogía ferreriana, basada en un clima escolar de confianza y una metodología racionalista y científica que primaba la inspiración creadora del niño. Y advierte que hoy es preciso retomar estas mismas claves desde la perspectiva de la pedagogía de valores y, descartada la religión, atreverse a “zambullirse en la vida”, como sugería Ferrer i Guàrdia.

PERE SOLÀ I GUSSINYER
Historiador. Universitat Autònoma de Barcelona.

Hace cien años exactamente, el fusilamiento de Francesc Ferrer y Guàrdia (Alélla, 1859-Barcelona, 1909) supuso un estremecimiento inmenso en la civilización occidental y en la conciencia universal. Uno de mis primeros artículos académicos, hace ya tres decenios y medio –precisamente una revisión de la pedagogía del fundador de la Escuela Moderna–, fue fruto de un encargo de la dirección de esta revista. Ahora se me requiere nuevamente para que me pronuncie sobre un pedagogo y una obra, a cuyo estudio he dedicado de forma continuada una parte de mi energía investigadora.

Las circunstancias de la educación en estos momentos son muy otras que en 1975. Precisamente la revista *Cuadernos* se ha hecho eco en varias ocasiones de los cambios que se han ido produciendo. Los referentes teóricos de las ciencias pedagógicas son distintos. Las políticas de intervención poco tienen que ver. También es bien diferente el marco político y económico. En los años de transición de la Dictadura de Franco a la Restauración Borbónica, la alienación de conciencias en el mundo educativo tenía mucho que ver con la desinformación y con el miedo colectivo, el lavado de cerebro y la presión censora, sostenida, prolongada, de la Dictadura que fenecía. Ahora el lavado de cerebros, en cambio, tiene mucho que ver con la propaganda corporativa y la fuerza de los medios de comunicación dominantes, controlados por grupos conservadores. Actualmente el modelo neo-liberal impera en educación y hace verdaderos estragos en todos los grados de la educación, desde la Primaria hasta la universidad.

La pedagogía racionalista ferreriana supone un contrapunto a las modas teóricas y prácticas en educación, pero también una fuente de estímulos.

Lo cierto es que, en este tercio de siglo transcurrido, se ha modificado igualmente la percepción del pedagogo y su obra, en los ambientes escolar y académico. Menos quizás en el terreno mediático y público. No me extenderé ni sobre su biografía ni sobre su cometido, ya que las publicaciones al respecto, online o impresas, abundan, aun cuando no todas tienen el mismo interés ni valor.

Recuérdese que en su época, hace una centuria, la práctica pedagógica generada por el movimiento de la Escuela Moderna se desarrolló, cuando menos, en tres planos interrelacionados:

- Nivel didáctico y organizativo-escolar propiamente dicho.

- Nivel de extensión universitaria (educación popular).

- Nivel de investigación en ciencias de la educación.

En cuanto al primer plano o nivel, el didáctico y organizativo-escolar, la actividad pedagógica de la Escuela Moderna apuntaba a “emancipar positivamente” mediante la “solidaridad para lo por venir, consistente en preparar a la generación naciente para la enseñanza racional y científica”. Para ello proponía instaurar en el medio escolar (no olvidemos que la experiencia tuvo lugar en una sociedad oficialmente católica, en un estado monárquico como el español) un clima laicista, de “despojamiento de todo sentimiento religioso” y de neta separación Iglesia-Estado. La Escuela Moderna concebía el medio escolar, no como un medio cerrado, sino como un lugar abierto a la vida y a sus requerimientos. De ahí, por ejemplo, el buen ritmo de actividades extraescolares –visitas a fábricas, museos, etc.– que caracterizó su régimen escolar. El afán proselitista del modelo era evidente. Aspiraba a convertirse en modelo pedagógico popular. Para ello se puso en contacto con grupos promotores de escuelas populares: no es casualidad que nueve escuelas de inspiración republicana o anarquista y más de seiscientas personas, niños y adultos, participaran en el acto de final de curso de la Escuela Moderna, en junio de 1905. Ni es incongruente con este planteamiento el que Francesc Ferrer i Guàrdia instituyera en su centro un germen de Escuela Normal, para preparar a profesores “sostenedores de la enseñanza racional”, que no pudo llegar a cristalizar por las circunstancias.

Sobre el terreno

La instauración de un clima escolar de confianza y sobre todo de amistad, de unas relaciones maestro-alumno individualizadas y basadas en el afecto sincero, fue otra de las características de la metodología racionalista, que se acogía sistemáticamente a recursos didácticos como la correspondencia e intercambio escolares, a fin de obtener información concreta y viva sobre la realidad social y económica circundante y así enriquecer el proceso formativo. Los alumnos valoraban, de la Escuela Moderna, el clima de camaradería y de confianza. Uno de ellos dijo, de mayor, que lo

La pedagogía racionalista ferreriana supone un contrapunto a las modas teóricas y prácticas en educación, pero también una fuente de estímulos

que tenían eran las vacaciones, de tan bien que lo pasaban en la escuela, y que la Escuela Moderna de la calle Bailén era realmente esto, “moderna”, para su época, ya que estaba perfectamente acondicionada, con clases aireadas, mesas individuales, libros “con gancho” y material para realizar experimentos. Los juegos, paseos y excursiones, así como la ausencia de verdaderos exámenes, substituidos por “*souvenirs d'amitié*”, ocasiones de amistad, formarían parte de esta valoración positiva de la práctica cotidiana de un centro que experimentaba e improvisaba sobre el terreno (siguiendo un poco, como inspirador lejano, el modelo de la *Institución Libre de Enseñanza*). Conviene no olvidar, a este propósito, que salvo importantes excepciones como José Casasola, Clémence Jacquinet o Léopoldine Bonnard, el profesorado reclutado por la Escuela no tenía ni cualificación ni preparación específicas. El eugenismo y el *higienismo*, la educación de y para la salud, constituían una de las líneas de trabajo del centro, como ponen de manifiesto los textos de los manuales usados, donde leemos, por ejemplo que “la ciencia sanitaria, en lamentable olvido, es causa, no solamente de la excesiva mortalidad que se observa en la mayoría de las ciudades de España, sino que es causa también de una espantosa morbilidad, hasta tal punto evidente, que el tipo español es enfermizo, caracterizado por el color pálido de sus tegumentos, su corta estatura y sus menguadas fuerzas físicas”. [Pensamientos de los *Cuadernos Manuscritos de la Escuela Moderna*].

La extensión universitaria (educación popular) de la Escuela Moderna pivota en

torno al plan de conferencias dominicales, a la difusión intelectual vía *Boletín de la Escuela Moderna* y, sobre todo, a la ingente obra editorial, en lengua castellana, en la que destacan empresas como la traducción y publicación mejorada de los volúmenes de *El Hombre y la Tierra*, del geógrafo innovador E. Reclus. Profesores universitarios como Odón de Buen o Martínez Vargas fueron asiduos animadores conferenciantes en estas tandas de extensión universitaria que tenían lugar los domingos en la Escuela Moderna, y a los que asistían profesores del centro y público en general, además de alumnos universitarios de los mencionados profesores. Estos asistían, al parecer, porque el centro de Ferrer tenía mejor material (material moderno y muy perfeccionado, dice O. de Buen), “y se hacían proyecciones”. El éxito de la extensión universitaria levantó en Ferrer el propósito de construir un edificio de nueva planta para la Escuela Moderna. La sensibilidad ecologista, el equilibrio hombre/naturaleza, típico del pensamiento libertario finisecular (piénsese en Kropotkin o Eliseo Reclus) impregnan la pedagogía de la Escuela Moderna.

La necesidad de afecto y aprecio inciden en el debate sobre la pérdida de respeto por parte del alumnado

Por otro lado, el movimiento racionalista concede una gran importancia a la investigación en ciencias de la educación, pero una investigación absolutamente articulada en la práctica pedagógica y subsidiaria de ella en cierto modo. Se quiere una educación basada en las ciencias naturales y experimentales que no atrofie el “órgano de la idealidad”, o sea el aspecto libre, creador y voluntarista de la acción humana. En contacto con reno-

vadores europeos de su época como O. Decroly o Roorda van Eysinga, Ferrer vivió el gran impulso hacia adelante de la experimentación científica en educación, ocurrido en el cambio de siglo. Conoció los efectos de la aplicación de las ciencias sociales y experimentales de su época a la educación (vía *positivista* aplicada a la pedagogía) y las perspectivas de renovación escolar que de dicha aplicación se derivaban, al comprobarse la “irracionalidad” de la “organización presente” de la enseñanza. Precisamente, para recomponer esta realidad irracional de la enseñanza, la *vía positivista* proponía la adopción de medidas “progresivas”. Unas medidas de tipo reformista de las que Ferrer desconfiaba, por lo que recomendaba la fundación directa de escuelas que siguieran los principios racionales, científicos y humanitarios. Esta práctica formativa apuntaba a la producción de una cultura eminentemente positivista, racionalista, anticlerical y decididamente internacionalista, crítica, con elementos materialistas, exaltadora de la solidaridad social y con tendencia a valorar, por encima de todo, las soluciones de tipo comunista y antiautoritario, a los problemas colectivos. Las plataformas internacionales de Ferrer, como la LIERI (*Liga Internacional para Educación Racional de la Infancia*, 1908), tenían por objeto, precisamente, profundizar en el debate y la experimentación práctica de una forma de educar para un tipo de mujer y hombre moral y físicamente bien equilibrado, “cuyas facultades estén armoniosamente combinadas y conducidas a su potencialidad máxima”. La secretaria inicial de esta Liga pedagógica racionalista fue, dato muy revelador, Henriette Meyer, antigua y estrecha colaboradora de Paul Robin, el pedagogo francés de la educación integral y de la propaganda eugenista, pionero en la propagación de las ideas de paternidad/ maternidad responsable.

En un nuevo libro de próxima aparición sobre la pedagogía libertaria de Ferrer, he rescatado una serie de ideas esbozadas (inéditas) de este pedagogo y editor sobre educación. He aquí algunas de ellas: “1/ El niño necesita del afecto y aprecio de su profesor. Sólo así el libre juego de su espontaneidad le permitirá pensar y trabajar con inspiración creadora. 2/El niño no debe vivir al lado de la vida, tiene que zambullirse en ella, en el buen sentido, morderla “à pleins dents”. 3/El maestro, pues, debe cultivar en el niño la alegría

del vivir, en un marco adecuado, competrarle (sic) de claridad, formas estéticas, colores; arte y vida que perduran, siempre renovados. Hallar su consciencia en la paz, en la armonía de las cosas (los seres?) visuales, en las ideas que sugieren, con incansable voluntad, ¡éste es el triunfo del papel del hombre sin más! 4/El pasado pasó, el futuro ya llegará, si se duplica su vida, que no sabemos lo que durará... Aprender a descifrar, ver y gozar de lo que todos no saben ver”. 5/Cada cual tiene que enfocar cuál ha de ser su vida. El embrollo del alma es harto complicado, se simplifica tendiendo a la meta más allá, a la misión para la cual no fallará el valor”. 6/ La vida por sí misma no tiende a probar nada, cada cual le da el significado que alcanza su sino o su pensar. 7/Ciencia, Arte, Moral, eternos ideales humanos, los (...) también: Verdad, Belleza y Bien. Percibimos estos ideales (...) [relativos] al conocimiento, al sentimiento y voluntad. Son conceptos (...) [o] tendencias de nuestra psique, desde milenios (...). 8/Adiestrar al alumno a conseguir la expresión exacta del pensamiento, de la idea, ampliar el vocabulario. En la concienzuda búsqueda de la palabra adecuada surge la ley de la medida, de lo bello, del ritmo que concede a la idea su equilibrio, erguida sobre su pedestal. 9/Según las oportunidades, con infinita delicadeza, aprovechar la emotividad que lo bello inspira para que el niño perciba o se inicie el agradecimiento que brota de su corazón, hacia la vida, hacia él mismo, hacia la existencia, levantando su vista hacia los infinitos espacios eternos que le permitirá soportar –merecer– la sublime soledad consciente del hombre. 10/El libre-pensador, el racionalista, se adentra en una eternidad inconmensurable que le embarga con incógnitas insospechadas. Su pregunta ha de mantenerse serena. El cielo, la luz, son la alegría de su mundo, que concreta la elevación de su espíritu, vibrante de emoción”.

Desde la pedagogía de los valores

He aquí algunas de las claves de la antropología ferreriana. Tratan estas notas de la inspiración creadora del niño. Tema totalmente actual. La necesidad de afecto y aprecio por parte del docente, y viceversa inciden en el debate sobre la pérdida de respeto por parte del alumnado. Un debate que hay que retomar desde la

perspectiva de la pedagogía de los valores, sobre la que tanto hay que decir y hacer.

El educador "racionalista" inculca valores como "ser consecuente", alcanzar el "sentido de la medida" o adaptarse a los recursos disponibles (es decir, austeridad, sostenibilidad...). Esta "tensión" de autorregulación se proyecta en primer lugar en el terreno escolar, en el terreno de la educación intelectual propiamente dicha: "adiestrar al alumno a conseguir la expresión exacta del pensamiento, de la idea, ampliar el vocabulario. En la concienzuda búsqueda de la palabra adecuada surge la ley de la medida, de lo bello, del ritmo que concede a la idea su equilibrio, erguida sobre su pedestal".

Por su parte la idea de "vivir al lado de la vida, (...) zambullirse en ella, (...), morderla "à pleins dents", [o sea, vivirla a fondo]" retoma mucho de su valor, en una sociedad desorientada acerca de las inmensas posibilidades del actual avance de las ciencias biotecnológicas y los retos morales que plantea. En un mundo educativo tan burocratizado y (mal) politizado (en el sentido de que tiende a aplicar sin discusión las directrices de los poderes), mantienen su valor recomendaciones en el sentido de que el profesor fomente en el educando la alegría del vivir, "en un marco adecuado, compenetrarle (sic) de claridad, formas estéticas, colores; arte y vida que perduran, siempre renovados".

El educador –como también postulara el pedagogo catalán, Alexandre Galí, de convicciones políticas y religiosas a las antípodas de las de Ferrer–, ejerce y debe ejercer el "papel del hombre ¡sin más!", buscando, según Ferrer, su "consciencia en la paz, en la armonía de las cosas", inseparable de la claridad de las formas

estéticas, de los colores de un "arte y vida que perduran, siempre renovados". El educador participa de la incertidumbre de la existencia: "el pasado pasó, el futuro ya llegará, si se duplica su vida, que no sabemos lo que durará... Aprender a descifrar, ver y gozar de lo que todos no saben ver". Vivir era para Ferrer un quehacer cuya interpretación no podía hacerse desde una religión revelada, teniendo en cuenta que "la vida por sí misma no tiende a probar nada, cada cual le da el significado que alcanza su sino o su pensar". Planteamiento que acerca a Ferrer a moralistas como Guyau, por otro lado bien aceptados por amigos libertarios del fundador de la Escuela Moderna como Piotr Kropotkin.

El educador debe ejercer el "papel del hombre ¡sin más!, buscando su "consciencia en la paz, en la armonía de las cosas"

Descartada la religión, al educador librepensador no le quedan otras alternativas que aferrarse a la "sumblime" y asumiendo soledad metafísica y, por otro lado, el recurso a la belleza: "según las oportu-

nidades, con infinita delicadeza, aprovechar la emotividad que lo bello inspira para que el niño perciba o se inicie el agradecimiento que brota de su corazón, hacia la vida, hacia él mismo, hacia la existencia, levantando su vista hacia los infinitos espacios eternos que le permitirá soportar –merecer– la sublime soledad consciente del hombre".

La persona, educadora, racionalista, librepensadora, se sumerge en una especie de religiosidad cósmica, con tintes de la tradición estoica y de la filosofía budista, al adentrarse "en una eternidad inconmensurable que le embarga con incógnitas insospechadas. Su pregunta ha de mantenerse serena. El cielo, la luz, son la alegría de su mundo, que concreta la elevación de su espíritu, vibrante de emoción".

Aceptar el propio destino de hombre/mujer es algo que las personas educadoras deben realizar. También deben transmitir a los educandos la importancia de esta "aceptación de destino": "cada cual tiene que enfocar cuál ha de ser su vida. Las contradicciones personales, las contradicciones entre el individuo y la sociedad, y en el interior de la sociedad, complican esta aceptación consecuente del destino, pero el educador y el educando avanzan si tienen clara su meta y no les falta valor ni tenacidad en lograrla: "el embrollo del alma es harto complicado, se simplifica tendiendo a la meta más allá, a la misión para la cual no fallará el valor". De hecho, es sorprendente que entre las notas pergeñadas en el Mas Germinal se encontrara una traducción al español del célebre canto de Joan Maragall Excelsior: "Vigila, Esperit, vigila, no perdís mai el teu Nord..." ("Vigila, Espíritu, vigila, no pierdas nunca tu Norte...").